



CURIA  
GENERALIZIA  
AGOSTINIANA

VIA PAOLO VI, 25 - 00193 ROMA  
Tel. +39 06.680061

CARTA DEL PRIOR GENERAL  
A LOS HERMANOS Y HERMANAS DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN  
EN LA JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

*“Estamos en la misma barca,  
todos frágiles y desorientados;  
pero, al mismo tiempo,  
importantes y necesarios,  
todos llamados a remar juntos,  
porque nadie se salva solo”*

(Mensaje del Papa en la Jornada Mundial de la Paz)

Queridos hermanos y hermanas:

Me dirijo a vosotros en nombre propio y del Consejo General para compartir el profundo sentimiento de Paz, Gracia y Amor que nos ha traído Jesús y cuyo testimonio, fe y vida renovamos en esta Jornada Mundial de la Vida Consagrada.

Estamos viviendo un momento de crisis. La pandemia Covid-19 condiciona de forma dramática el mundo que conocemos, las costumbres, los modos de vida. Nos hemos visto sorprendidos por una situación que escapa a cualquier previsión y que sacude profundamente nuestras seguridades. Todo se ha visto afectado. También la vida religiosa. Es tiempo de muerte y vida; de dolor e interrogantes; de retos y decisiones. Creo que estamos en un cambio de época, en una verdadera encrucijada de la Historia. Como nos recuerda el Papa, “es un momento en que se sacuden tanto nuestras categorías como nuestras formas de pensar y entran en cuestionamiento nuestras prioridades y estilos de vida [...]. La pregunta es si vamos a salir de esta crisis y, en ese caso, cómo. La regla básica es que nunca se sale igual de una crisis. Si salís, salís mejor o peor; pero nunca igual” (Papa Francisco, *Soñemos juntos. El camino a un futuro mejor*. Barcelona 2020, 1). Querámoslo o no, somos protagonistas, no meros espectadores. En las opciones del presente nos jugamos nuestro futuro como Orden. Y estas opciones deberían llevarnos a decisiones incluso drásticas.

Durante estos meses, de una forma u otra, nos hemos visto forzados a interrogarnos sobre nuestra vida personal, comunitaria y circunscriptiva y sobre nuestro apostolado y el modo de ejercer el servicio a la Iglesia. Nos hemos dado cuenta de que, en ocasiones, hemos edificado sobre arena y no sobre la roca firme que es Cristo (cf. Mt 7, 21-29). Y cómo hemos puesto nuestras ilusiones en realidades no siempre importantes. Así han ido creciendo en la Orden la mundanidad, el individualismo, la rutina y, en definitiva, el egoísmo. Son indicadores de que la sal pierde el sabor (Mt. 5,13). Esta es la clave de la crisis vocacional y marca la urgencia del cambio.

Ahora somos más conscientes de la necesidad de renovación profunda para asumir la novedad que viene del Espíritu, en la vivencia de nuestro carisma: tan sugerente, tan atractivo, tan exigente, tan actual. El carisma agustiniano no es un conjunto de citas de san Agustín o de los santos de la Orden, sino un modo de ser cristiano, con toda su radicalidad hacia dentro (santidad) y hacia fuera (misión). Un camino hacia la plenitud de la vida cristiana y la caridad perfecta (cf. *Constituciones*, 1). Es cierto que nadie puede conocer qué nos va a deparar el futuro, pero sí podemos entrar en “una nueva imaginación de lo que es posible”. No es un proceso fácil, ni puede resolverse en un momento, es largo, complejo, profundo. Pero es urgente y necesario. No puede posponerse, no puede obviarse. Y afecta a todos: religiosos y religiosas, laicos, comunidades, circunscriptivas, Orden. Tenemos la obligación de repensar nuestra realidad como agustinos en la Iglesia y en el mundo. Es lo que nos pide el Papa, a quien reiteramos la devoción y singular fidelidad propias de nuestra Orden (cf. *Constituciones*, 3). Él nos invita a no tener miedo.

La consideración del momento presente debe sacarnos de nosotros mismos y de nuestras “particulares creencias” y llevarnos a entender y vivir el propio encuentro con Cristo de modo más coherente y por tanto más arriesgado. “Este es el momento para soñar en grande, para repensar nuestras prioridades —lo que valoramos, lo que queremos, lo que buscamos— y para comprometernos en lo pequeño y actuar en función de lo que hemos soñado” (Papa Francisco, *Soñemos juntos*, 6). El momento que estamos viviendo nos ofrece la posibilidad de transformar los corazones endurecidos por el egoísmo. Os invito a revisar seria y profundamente distintos elementos de nuestra vida y de nuestras estructuras, a recorrer un camino de renovación y esperanza. Me parecen especialmente urgentes tres opciones, que propongo a vuestra consideración.

\* *Opción por la vida*. El mundo está cambiando velozmente y con grandes desequilibrios. Se han agotado una serie de sistemas que han desembocado en una crisis humanitaria, existencial y de valores. También avanza inexorable lo que san Juan Pablo II llamaba “cultura de la muerte” (cf. Carta encíclica *Evangelium vitae*) y se aprueban leyes sobre el aborto y la eutanasia, que afectan directamente a la existencia de los más frágiles y vulnerables en los dos extremos del arco de la vida: tanto los no nacidos como los ancianos y enfermos incurables. Aun más, se crean y consolidan verdaderas y auténticas “estructuras de pecado” contra la vida, que hacen posible los desequilibrios,

el injusto reparto de los bienes, los atentados a los derechos humanos, el drama de los migrantes y refugiados, las consecuencias de las crisis financiera, climática y sanitaria. Nosotros, agustinos, que hemos hecho voto de pobreza, debemos “mirar” a los pobres sin reducirlos a un concepto o una categoría económica y social. Por eso no solo tenemos la obligación de denunciar el mal estructural de nuestra sociedad y sus falsos modelos de producción, consumo y desarrollo, sino, al mismo tiempo, es urgente proponer caminos nuevos fundamentados en el Evangelio (cf. *Constituciones*, 73). Todos nosotros estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra (Papa Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 209). Por eso pido a cada hermano y hermana y a todas las circunscripciones de la Orden una decidida implicación en la defensa de la vida y de su dignidad, con todo lo que significa e implica.

\* *Opción por la fraternidad*. En línea con lo que nos dice bellamente el Papa Francisco: “Anhele que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. [...] Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos” (Papa Francisco, Carta encíclica *Fratelli tutti*, 8). Si nosotros, agustinos, nos hemos reunido para tener una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios (cf. *Regla* 1,3), debemos ser maestros de comunión y creadores de unidad. Tener una mentalidad abierta y un sentido de Orden me parecen imprescindibles en el momento actual. Por eso, los nacionalismos, provincialismos y localismos son un atentado contra la unidad y constituyen una infidelidad a la vocación. No caben discriminaciones por motivos de nacionalidad, raza o cultura, y no caben egoísmos. Recuerdo que profesamos para la Orden. También es necesario avanzar en un refuerzo de la estructura comunitaria (un grave problema en la Orden está causado por la proliferación de comunidades excesivamente pequeñas). Asimismo es necesario potenciar la colaboración entre las circunscripciones.

\* *Opción por el riesgo creativo*. Toda renovación en la Iglesia consiste esencialmente en reforzar y vivir la fidelidad a la propia vocación (cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Unitatis redintegratio*, 6). Nosotros hemos sido llamados a seguir de cerca a Cristo en el carisma agustiniano; nuestra historia personal y también como Orden es una historia de amor que da sentido a lo que somos y a lo que hacemos. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 1). Quien encuentra a Cristo comparte su radical novedad y se abre a la Buena Noticia, asumiendo la responsabilidad de proclamarla, de testimoniarla. Dicho anuncio lleva consigo la invitación a compartir la alegría, que atrae precisamente porque entusiasma. ¿Hemos perdido, tal vez, la frescura del Evangelio? ¿Cómo y cuál es nuestra respuesta vocacional? El Espíritu Santo es como un fuerte

viento que sacude toda la casa (cf. Hc 2,2) y debemos tenerlo a diario en nuestro corazón (cf. san Agustín, *Sermón 272B*, 9). Es el momento de hacer posible una experiencia espiritual profunda y transformante. No estamos al borde del abismo, sino en una encrucijada histórica que nos exige coherencia y una respuesta valiente y honesta por nuestra parte. El tiempo que vivimos contiene una enseñanza de Dios, una llamada a salir de lo conocido, de las seguridades, de la inercia, una invitación a cambiar la mirada, a dejar de una vez la repetición insistente y rutinaria, a superar el miedo al cambio y el recelo a lo nuevo. Seguir a Jesús implica avanzar hacia lo desconocido, sin temor ni desconcierto. Espero que reflexionemos sobre ello y, en diálogo, podamos concretar las opciones renovadoras en los distintos niveles (personal, comunitario, circunscriptorial y de Orden).

Queridos hermanos y hermanas: no estamos solos. Unidos en Cristo, somos una única humanidad, caminamos en la misma carne humana y somos hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos (cf. Papa Francisco, Carta encíclica *Fratelli tutti*, 8). En este momento de la Historia, unidos como agustinos, como Iglesia, como humanidad que busca y anhela, decimos junto a nuestro Padre san Agustín, con una sola voz: “Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte; ansíe siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda, tú que hiciste te encontrara y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto. Ante ti está mi firmeza y mi debilidad: sana ésta, conserva aquélla. Ante ti está mi ciencia y mi ignorancia; si me abres, recibe al que entra; si me cierras el postigo, abre al que llama. Haz que me acuerde de ti, te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa” (San Agustín, *La Trinidad*, 15,28,51).

Que el Señor nos bendiga y san José, patrono de la Orden, nos proteja.

Felicidades a todas las hermanas y hermanos en el día de la Vida Consagrada.

*Roma, 2 de febrero de 2021*



*P. Alejandro Moral Antón O.S.A.*  
P. Alejandro Moral Antón  
Prior General O.S.A.